

COUSTEAU

EN LOS PAISAJES DEL SILENCIO

CRONICA DE UNA EXPEDICION A LOS MARES PATAGONICOS

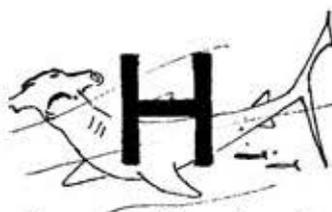
Por
Patricio ARELLANO Ricotti

"El hombre que gusta de crear dentro de sí un mundo aparte, donde la espontánea actividad de su alma reine sin limitaciones, se sentirá lleno de la sublime idea del infinito ante la visión de los mares abiertos, libres de todo control.

Su mirada recorrerá el lejano horizonte donde el cielo y el agua parecen juntarse en un brumoso límite y los cuerpos celestes se elevan y desaparecen consecutivamente.

Pero pronto esta eterna alternación de la naturaleza despertará en él esa vaga sensación de tristeza que se halla en el fondo de todas las humanas alegrías".

Alexander Von Humboldt



AY MUCHAS maneras de ver y amar el mar. Según su sensibilidad, cada hombre ve el mar como un

elemento diferente: fuente de recursos para el empresario, vía de transporte para el comerciante, desafío para el aventurero, paisaje para el artista, veleidosa mujer para el marino, insondable misterio para el filósofo.

Cuando el tema parece ya agotado, cuando todos los posibles enfoques han sido aparentemente ya dirigidos sobre el mar, surge aún otro, una visión nueva, nacida de una concepción nueva de la realidad; una que aún se halla, en el campo de las ideas, en estado embrionario (pero cuya influencia pesa ya fuertemente sobre la civilización). Es la visión generalizada, que advierte por vez primera que la realidad no está conformada por partículas separadas e independientes, sino por un todo armónico; es la visión que cambia el nombre del planeta Tierra

por el de planeta Mar, y que ve el mar como un solo y gigantesco ser viviente, la base de la existencia de la vida en el planeta. Es ésta la visión del mar que tiene Jacques-Yves Cousteau, el célebre explorador de los océanos.

Jacques-Yves Cousteau se graduó en la Escuela Naval de Francia en 1930. Al poco tiempo, un accidente en la carretera lo dejó semi inválido y condenado a perder una pierna. Desafiando la decisión médica, Cousteau emprendió personalmente su recuperación mediante ejercicios sistemáticos, entre los cuales primaba la natación. A veces usaba una rudimentaria máscara de inmersión. Con el tiempo, el mar le devolvió el normal uso de sus dañados miembros, pero exigió como precio el alma del nadador. Desde entonces Cousteau cumple la dulce condena de una vida entregada al mar.

Sus primeras investigaciones dirigidas a permitir al zambullidor prolongar sus estancias en el mundo submarino le llevaron a perfeccionar el aparato creado por Rouquayrol y Denayrouze (París, 1865), y crear así en 1943 la escafandra autónoma (el célebre "aqualung") (1), que abrió las puertas del mar a la masa de los hombres. Luego de haber luchado en la Resistencia, creó, al finalizar la guerra, el G.E.R.S. (Group d'études et recherches sous-marines), que tuvo como pri-

mera misión la limpieza de minas de los puertos franceses (2). En 1950 armó el "Calypso", sobre el casco de madera de un barreminas de la Royal Navy. Con él, el barco inició una nueva vida, que aún prosigue, de aventuras e investigaciones oceanográficas (3).

En sus exploraciones, Jacques-Yves Cousteau ha ensayado y creado numerosos aparatos y métodos de investigación. Inicialmente utilizó los sistemas de fotografía y filmación automáticas con aparatos descendidos por cables desde la cubierta del barco, tendencia que luego abandonó por el empleo de navecillas tripuladas, los "soucoupes plongeantes" SP 350 "Denise"; SP 500 (1 y 2); SP 4000 "Deespstar" y SP 3000. Realizó, además, la serie de experiencias Precontinente I, II y III (1962-1965), que estudiaba la supervivencia y trabajo de seres humanos bajo el mar, por períodos prolongados, y a profundidad sucesivamente mayores (4). Numerosos films y libros, cuyos títulos se han hecho clásicos (El Mundo Silencioso, El Mar Viviente, El Mundo sin Sol, etc.) divulgan sus hallazgos y experiencias.

En 1972, Cousteau y la "Calypso" se dirigieron hacia el Atlántico sudoccidental, iniciando una expedición que cubriría los mares antárticos chilenos y la región de los canales patagónicos. Su mi-



La grúa de popa levanta del agua a Denise y la deposita sobre cubierta.

sión sería el estudio de las especies animales de sangre caliente que habitan estos mares helados, y la participación, en colaboración con la NASA, en estudios de productividad del mar y protección del medio marino (5). Por este tiempo, me enteré de sus planes, e inicié una febril serie de contactos que me permitiría participar en la expedición, y conocer de cerca el trabajo del legendario grupo de Cousteau.

El viernes 9 de mayo de 1973 me hallaba en Punta Arenas. Caminaba a lo largo de un estrecho pasillo de tablas, por el interior del oxidado derrelicto de un viejo velero. No me hubiera asombrado en absoluto si de pronto hubiera cruzado mi campo visual un cardumen de peces: me parecía hallarme bajo las aguas, recorriendo las entrañas oxidadas de un antiguo pecio.

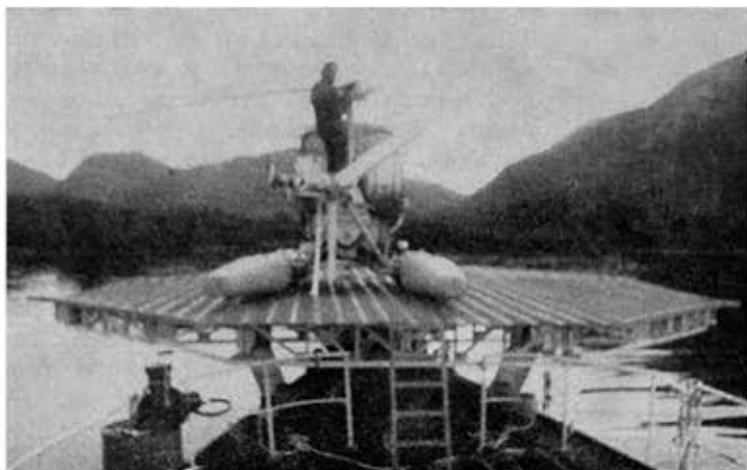
Pareció natural, en el estado de ensoñación al que mis solitarias reflexiones me llevaban en mi caminata, asomarme al fin por una abertura del casco y encontrarme allí con el blanco casco de la "Calypso". Su enredadera de antenas espaciales, un submarino amarillo en su popa, un minúsculo helipuerto a proa, no me llamaban mayormente la atención: podía esperar cualquier cosa, pues había dejado el mundo real a la entrada del viejo velero en que comenzaba el muelle, y ahora estaba de lleno en un mundo de ciencia-ficción: el mundo de Jacques-Yves Cousteau.

Dentro del barco estaban los protagonistas de la aventura: hombres sencillos y alegres, todos ellos marineros, al mismo tiempo que buceadores, y cada uno dueño de una o dos profesiones más. Era un equipo de idealistas que restaban importancia a su ideal, trabajadores que hacían su labor como un juego, científicos que no eran tales, pero cuyo amor por el conocimiento debiera ser envidiado por muchos que creen serlo. El comandante no se hallaba a bordo, pues había volado a California desde la llegada del barco a Punta Arenas, donde ingresó a astilleros de la Armada para someterse a algunas reparaciones. En su ausencia dirigía la expedición su hijo, Philippe.

Lo encontré recostado en una banca del comedor afanado en sus estudios de español. Gran fotógrafo y camarógrafo submarino, lo cual parece constituir su mayor orgullo, Philippe es además piloto de avión y —como todos a bordo, en mayor o menor grado— gran pensador. Compartía las duras tareas del mando con su madre, Mme. Simone. A través de los libros de su esposo, había llegado a conocerla y admirarla en su difícil papel de esposa de un marino y de un visionario. Su sencillez borró de inmediato la emoción que sentí al verla por primera vez. Un pequeño letrero dentro del camarote decía: "This is my ship and I'll do what I damn want". Señalándolo, le dije: "El comandante expresa claramente su posición a bordo". "Oh, no", me respondió, "ese no es el comandante, soy yo".

—oOo—

El sábado 10 de mayo amaneció un hermoso día soleado. Habíamos zarpado la noche anterior y la "Calypso" había echado el ancla en una ensenada, al SE de la península de Brunswick. Me paseaba nerviosamente de un lado a otro por cubierta, tratando de verlo todo, de conocer cada detalle de la rutina de trabajo que se desarrollaba a mi alrededor. Philippe se había alejado del barco en un bote neumático para explorar, junto con el jefe de buceadores Albert Falco, las orillas cercanas. El submarino estaba siendo laboriosamente preparado para una inmersión, se cargaban los cilindros de aire de las escafandras. Al mirar por la borda veía un mar verde y cristalino donde los rayos del sol se perdían en la profundidad. Todo el mundo estaba ocupado, todos tenían su misión en la preparación de la inmersión. ¡Cómo hubiera querido colaborar con ellos, participar en su trabajo! Pero, como pronto advertí, mi posición a bordo era clara: come y descansa, pórtate bien, pregunta lo que quieras, pero déjanos trabajar tranquilos. En una expedición que costaba US\$ 2.000.000, donde cada observación sería única e irreproducible, no había tiempo para organizar tours para las visitas. La situación era molesta, pero cuan-



Félix, el helicóptero, en su base a proa de la "Calypso".

do se tornó intolerable, fue cuando desde la claraboya del comedor vi pasar a los buceadores, ya equipados, dirigiéndose a la escalerilla de popa. Terminé mi almuerzo como traumatizado: los días — y las inmersiones — pasarían volando, y cada buceada que me perdiera sería una experiencia perdida e irrecuperable. Era absolutamente necesario explicarles que yo quería bucear con ellos, que podía hacerlo, que era un buceador experimentado, que no les traería problemas; pero ¿cómo decirlo si nadie tenía tiempo para oírlo? Había que adoptar una decisión rápida, y lo hice.

Almorcé poco y me fui a mi camarote. Al poco rato, reaparecí en cubierta con traje de baño, máscaras y aletas. La expresión con que me miraron los de cubierta fue de antología. Christian Bonicci, segundo jefe de buceadores, me preguntó si tenía clara idea de lo que estaba haciendo. Cuando me vio bajar por la escalerilla de los buzos, me pasó un snorkel. Su expresión parecía indicar que un problema grave e inesperado se había introducido en las rutinas de la "Calypso".

Prefiero no recordar la sensación que sentí al hundir un pie en el agua. Nunca había creído que pudiera haber algo tan frío. El recuerdo de mi litera y sus tibias mantas brotó repentinamente en mi mente, pero al levantar la vista encontré los ojos expectantes de quienes, a bordo, observaban desconcertados esta versión la-

tinoamericana del harakiri. La sangre chilena se aprovechó de mi momentánea distracción y, de un empujón, me tiró al agua.

La asombrosa transparencia me distrajo de la autocompasión que llenaba en ese momento mi espíritu. La cadena del ancla se perdía en una bruma azul, unos 30 metros debajo de mí. Y a mi lado el casco de la "Calypso" me invitaba a conocer sus intimidades submarinas. En la popa, sus hélices y timones gemelos conocieron la caricia de mis dedos helados, pasé bajo su quilla, alcancé la proa, atisé por las ventanillas del bulbo de observación que conforma la base de la roda. Regresando hacia popa, vi brotar de la niebla de la profundidad los cuerpos de los buceadores que volvían. Me sumergí hacia ellos, los alcancé en medio de las aguas. Luego, aterido, regresé a la escalerilla y subí a bordo. Christian Bonicci me esperaba arriba. "Se le entregará un equipo, y buceará con nosotros" fue lo único que me dijo. El sol caía tibiamente sobre mi espalda helada.

—oOo—

Desde entonces, las exploraciones y las inmersiones se sucedieron una tras otra, alternándose con las bajadas de Denise, el pequeño submarino de exploración biplaza, los vuelos de Félix, el helicóptero, que exploraba los alrededores desde el aire, las incursiones de los botes neumá-

ticos, los días de navegación en busca de los desaparecidos lobos de dos pelos. En los días en que el barco fondeaba en un surgidero, se buceaba por la mañana, y bajaba el submarino por la tarde. Tanto la nave como los buceadores tenían por misión principal la fotografía y la filmación. Una inmersión típica se componía de un jefe de buzos, que controlaba las operaciones; un camarógrafo para la filmación, un fotógrafo, dos "actores" destinados a protagonizar las escenas filmadas, dos portadores de faros de iluminación... y un servidor. Debía esforzarme por no llegar junto al fondo, con lo que habría levantado nubes de fango y partículas que estropearían la visibilidad, y no cruzar el campo visual de las cámaras.

Durante la primera inmersión hicimos un hallazgo sorprendente: el fondo estaba cubierto de coloridos jardines de coral. Corales, gorgonias, plumas de mar amarillas, rojas y anaranjadas cubrían cada roca del fondo. Las luces de filmación arrancaban vivos estallidos de color al tocarlas. Era impresionante pensar que los colores que veíamos allí jamás antes habían sido vistos, ya que la luz natural, a las profundidades a que operábamos (12 a 45 mts.), no permite apreciar los colores rojos, anaranjados ni amarillos. De en medio de un mundo monocromático formado por diversos matices de verde brotaban, al contacto de las luces de filmación, los matices que nunca antes habían sido revelados, ni a los ojos de los peces, ni a los de los hombres.

Muy pocos peces cruzaban la bruma azul ante nosotros. En realidad, su escasez llamó la atención de Cousteau y sus colaboradores, que esperaban encontrar, para el ambiente ecológico de los canales patagónicos, una riqueza de vida bastante más acentuada. Según su opinión, la causa probable de esta ausencia de peces se debería a la extrema mezcla de aguas (el agua dulce de las cataratas costeras, con el agua de mar), lo que producía una perturbación permanente y cambiante en el medio ambiente submarino. Estimaba Cousteau que la resolución de esta incógnita —distribución de capas de agua dulce y salada en los canales— sería de gran importancia para el futuro —y muy ne-

cesario— cultivo de peces en estos canales por parte de nuestro país (6). En nuestros viajes verticales, y durante las largas paradas de descompresión, sólo nos hacían compañía lánguidas medusas de largos tentáculos, y afanosas gambas que nadaban rápidamente contra la corriente.

—oOo—

Un día hallamos al fin a los lobos marinos. Llegamos, al caer la tarde, a un islote perdido entre los innumerables archipiélagos, donde el helicóptero había divisado el día anterior una gran colonia de estos animales. Era sorprendente ver, luego de días de silencio y quietud, la algarabía de cientos de criaturas que se lanzaban al agua a admirar el barco y lo rodeaban asomando sobre el agua sus cabezas curiosas. Nadaban en grupos en torno al barco, y para observarlo mejor saltaban totalmente fuera del agua, como delfines. Esa misma tarde me dirigí hacia su isla y salté de un bote neumático, solo, en medio de ellos. Debo reconocer que no estaba del todo seguro de lo que hacía, ya que era la primera vez que enfrentaba a los lobos marinos y no sabía cómo reaccionarían ante el intruso. Al sumergirme, aguantando el resuello, pude ver un espectáculo maravilloso: los cuerpos de los lobos, cubiertos de pequeñas burbujas, brillaban como torpedos plateados al cruzar ante mí, dejando marcadas sus curvas trayectorias con estelas de burbujas y dirigiendo hacia mí sus ojos, ojos inteligentes e inquisitivos, ojos de perro.

Al día siguiente los volví a ver, esta vez totalmente equipado, integrando una inmersión colectiva encabezada por Denise, el submarino amarillo. Su presencia en el fondo, redondo y lento como un gigantesco cangrejo amarillo, y rodeado de luces y destellos de filmación y fotografía, escoltado por su escuadrón de peces piloto —los buceadores— impresionó vivamente a los lobos. Pero su timidez podía más que su curiosidad, y optaron por un objetivo menos espectacular, pero más pequeño e inofensivo: al alejarme del grupo para reconocer el bosque de macrocistys que rodeaba el borde del islote, me vi rodeado por los lobos. Avanzando en-

tre e'los, y sintiendo extraños tirones en mis aletas, descendí hasta el fondo arenoso. Pensaba escarbar en busca de algún cangrejito para ofrecerles como alimento, lo que —esperaba— me permitiría conseguir alguna comunicación primaria con ellos. Arrodillado en la arena comencé a buscar, cuando sentí que me helaba más aún que en mi primera incursión en estas aguas: a través del gorro de mi traje, sentí presionar mi cráneo los dientes de un gran lobo. Con el susto me quedé muy quieto, y un instante después sentí retirarse los dientes. Alcé la vista y alcancé a ver el enorme cuerpo de un lobo que volvía a la superficie, a contarles a sus compañeros que había conseguido una comunicación primitiva con uno de los recién llegados. Había hecho ni más ni menos lo que yo quería hacer, al buscar sus costados para acariciarlos con mis manos. Pero ellos no tienen manos, sólo tienen dientes. Más tarde, al sentir los suaves tirones en mis aletas, sabía que eran los dientes de los lobos, que exploraban al extraño visitante.

—oOo—

Nuestras inmersiones finalizaban pronto, tiranizados por las limitaciones fisiológicas que afectaban nuestros organismos. Denise continuaba la exploración hasta 250 y más metros de profundidad. De sus viajes obtuvimos observaciones de extraños peces. Vueltos a la superficie y al barco, las descripciones que hacían los

tripulantes del submarino llegaban a nuestros oídos desde un monitor instalado en el comedor, desde un transductor en la quilla, a través de ondas ultraónicas de las profundidades, enviadas por el emisor ultrasónico del submarino. Entre uno y otro comentario de Denise, solían llegar también los mensajes radiales de Félix, el helicóptero o de los botes neumáticos. De vez en cuando, estos mensajes —o la ausencia de ellos— nos aportaban alguna inesperada emoción, como el día en que los tres botes neumáticos se perdieron entre los canales, y Félix los buscaba infructuosamente; o la otra ocasión en que Denise ascendía, y la esperábamos, pero no aparecía en la superficie. Después de largos minutos de tensión, la lancha-remolcador que partió en su busca anunció haberla visto detenida a dos metros bajo la superficie. Desde dentro, los tripulantes anunciaban que el ascenso se había interrumpido. La explicación surgió al cabo de un rato: el submarino, lastrado para agua de mar, había encontrado en su ascenso una capa de agua dulce, más liviana que el agua salada, y dejó de subir. Y de allí no saldría mientras una corriente marina no lo desplazara de debajo de la napa de agua dulce. Como ocurrió, efectivamente, minutos más tarde, con lo que Denise pudo volver finalmente a su nido en la popa de la "Calypso".

—oOo—



Lobos machos cuidando de sus territorios.



Un buceador libera de sus cables a Denise, que inicia la inmersión.

En dos ocasiones recorrí buceando a pulmón libre los fondos someros desde la orilla hasta los 15 metros de profundidad. En la primera, al borde de una costa perdida en el Canal del Castillo, pude ver un fondo virgen, un bosque de grandes algas, multitudes de erizos, cholgas, caracoles, y pequeños y extraños seres que jamás había visto antes. De la orilla brotaban surgencias de agua dulce, que bajo el mar se veían como capas de refracción, produciendo imágenes temblorosas, similares a las que se ven a través del aire caliente que brota de una fogata. La segunda ocasión fue en Puerto Edén, donde, un año antes, un petrolero varado había soltado su carga. El efecto del petróleo liberado sobre el mar había creado un paisaje desolador. Los bosques de algas, muertos, cubrían de materia en descomposición fondos desolados y sucios. La contaminación humana había caído sobre la otrora virgen selva submarina.

—oOo—

El lunes 26 de mayo llegó en el helicóptero el comandante Cousteau. Durante el día, su actividad era ininterrumpida. Al caer la tarde, en el comedor, tuve varias veces oportunidad de charlar con él.

Jacques-Yves Cousteau posee una visión de generalista, una visión global de la realidad. De una realidad que no

le parece muy halagüeña. En 1957, Cousteau llegó a hacerse cargo de la dirección del Museo Oceanográfico de Mónaco. "Al llegar", me decía, "hice una inmersión frente al museo. Vi un fondo de corales, gorgónidos, manchas de colores abigarrados, innumerables peces. Hoy vuelvo a sumergirme allí, y veo sólo algas pardas, algunas holoturias, uno que otro pez solitario. El sistema ecológico submarino se ha adaptado, mediante la simplificación de su estructura, a un medio devenido desfavorable por la contaminación de las aguas".

En una entrevista ofrecida a la prensa a su regreso de un largo crucero a bordo de la "Calypso", Cousteau ha declarado, hace poco más de dos años, que el mar está condenado, si no se modifica el sistema de explotación irracional que el hombre hace de su medio ambiente, a no durar más de unos 50 años. Creyendo sorprenderlo en una exageración, le he preguntado directamente si mantiene esta afirmación: "No", me ha respondido, "no en 50 años, sólo 30 años más". Con este plazo de tiempo, Cousteau lucha por divulgar estos hechos y promover una respuesta positiva que produzca los cambios necesarios para salvar el medio ambiente en peligro. Su lucha va dirigida hacia cuatro objetivos: el público en general, los científicos, la industria, los políticos.

Su éxito, confiesa, es decreciente en este mismo orden: desde una gran respuesta positiva de parte del público, a una respuesta nula en los medios políticos.

"El hombre recién comienza a explorar los mares para conocerlos, y ya ha descubierto que ellos están muriendo" (7). ¿Cómo es esta muerte y en qué forma nos afectaría? Agentes de contaminación tienden a destruir, una tras otra, las especies vivientes del mar. La capa de aceite (proveniente de desechos, gases de escape, pérdidas de los petroleros, etc.) que se extiende sobre la superficie del mar, crea una interface de espesor molecular que separa el medio acuático de la atmósfera, interrumpiendo el intercambio gaseoso entre ellos. Con esto, la respiración del fitoplancton se dificulta, y éste empieza a morir. La capa de materia orgánica en descomposición resultante se agrega al film graso y acelera la paralización de la respiración de los océanos (que producen el 70% de los aportes de oxígeno a la atmósfera). Con esto, disminuye la evaporación y con ello, las lluvias, lo que incide en la supervivencia del manto vegetal terrestre. La disminución de éste acelera la deficiencia del oxígeno en la atmósfera y precipita el aumento del anhídrido carbónico. Este aumento varía la capacidad de irradiación térmica de la Tierra, encerrando su calor bajo la estratósfera, como en un gigantesco invernadero, con lo que aumenta la temperatura de la Tierra y funde sus hielos. El nivel del mar se eleva al recibir estos aportes líquidos, sumergiendo una gran parte de las zonas costeras habitadas. Y la deficiencia, cada vez mayor, del oxí-

geno, acaba con todas las especies vivientes del planeta, excepto algunas formas bacteriales e insectos necrófagos (8).

Cousteau, junto a otros hombres y mujeres, continúa la lucha por advertir a la humanidad y detener el suicidio. Dentro de pocos años sabremos si tuvieron éxito, o si fracasaron. Entretanto, con sólo cerrar los ojos, puedo ver nuevamente los silenciosos paisajes de los canales patagónicos, las grandes medusas, los curiosos lobos, los jardines de coral. Y hacia todo ello dirijo una patética pero realista despedida:

"¡Adiós para siempre, bello mar!
Si nos volvemos a ver, pues,
sonreiremos;
si no, habrá sido ésta una buena
despedida" (9).

—oOo—

Referencias:

- 1.—A la Recherche du Monde Marin; P. de Latille, Jean Rivoire.
- 2.—The Silent World; J. Y. Cousteau, F. Dumas.
- 3.—The Living Sea; J. Y. Cousteau.
- 4.—Les Requins; J.Y. & Philippe Cousteau.
- 5.—Programe de la Campagne Oceanographique du Com. J. Y. Cousteau —Oct. 72, Mars 73; Roger Brénot.
- 6.—Conversación personal con J. Y. Cousteau.
- 7.—Skin Diver Magazine, Dec. 1973; J. Y. Cousteau.
- 8.—Mondo Sommerso, Octubre 1973.
- 9.—Shakespeare; Julio César, acto V.

